

de honrar, con un trabajo incesante, el ennoblecimiento de su carácter, al modelo humano-divino, cuyo nombre lleva! La humanidad ha experimentado suficientemente lo que es capaz de hacer, cuando está abandonada á sus propias fuerzas. No es difícil convencernos de que el hombre, si quiere ser su propio original, acaba por llegar á ser una caricatura. Instruyámonos con las desgracias del mundo, con el ejemplo del pequeño número de los que han visto coronados sus esfuerzos con el éxito. El hombre llega á ser un carácter en la medida que se haya apropiado á Jesucristo. Por consiguiente, después de haber llevado la imagen del hombre terrenal, esforcémonos en llevar la imagen del hombre celestial. ⁽¹⁾

(1) I Cor., XV, 49.

CONFERENCIA XVI

LA EDUCACIÓN DEL SENTIMIENTO (GEMÜTH)

1. **La más grande laguna de nuestra época.**—En el último período del siglo XIX, algunas personas hallábase reunidas en el estrecho departamento de un vagón del tren, y la conversación versó sobre la cuestión de saber de qué se tiene más necesidad en nuestra época, y cuáles son las llagas más difíciles de curar. Sin titubear, una señora, hija de una gran nación, respondió: «¡De hombres! Yo misma he oído esta terrible declaración de guerra que el más grande orador eclesiástico de los tiempos modernos lanzó desde lo alto del púlpito de San Roque, el 30 de Febrero de 1853, en vista de la desmoralización del Imperio. ⁽¹⁾ Desde entonces mi convicción es que el mundo no llegará á mejorarse mientras no tengamos hombres. Ahora bien, se trata de saber quién nos los dará.» «¿Quién?—respondió con esa mezcla de finura y de flemma inimitables, propias de su nación, su vecino de enfrente, oficial inglés retirado—¿Quién sino las mujeres? ¿No creéis, dignísima señora, que la única razón por la cual no tenemos hombres, es porque nos faltan las mujeres, las mujeres que indemnizan á los hombres en su casa de lo que la vida pública ha podido quitarles? Si tuviéramos mujeres, bien pronto tendríamos hombres. ¿Es que V. misma no ha notado á menudo que la mujer, cuando se apresura á presentarse en público, como está ahora de moda, degenera mucho más y se corrompe más que el hombre?» Y emprendieron entonces una de esas amables é interminables conversaciones que versan sobre el pasado y sobre

(1) *Année Dominicaine*, n. 189, París, Poussielgue (1876), 90 y sig.